

BENITO LYNCH EN ANÉCDOTAS

LAS memorias eran para Próspero Mérimée una suerte de “conversaciones familiares del escritor con su lector, únicas que suministran esos retratos del hombre que me divierten e interesan”. Otro tanto pudiera decirse de las anécdotas, cuando ellas son contadas en forma objetiva por contemporáneos del personaje a quien conocieron de cerca, o bien circunstancialmente, pero en este caso con relación a una situación concreta de la que fueron testigos. Unas y otras expresiones, formales o repentistas, muestran rasgos o facetas íntimas de un autor y, como quiera que sea, ayudan a un mejor conocimiento de su personalidad.

En conversaciones con diversas personas hemos recogido algunos de esos testimonios acerca de Benito Lynch * —de cuya muerte se cumpliera el vigésimo aniversario, pues ocurrió el 23 de diciembre de 1951—, que a continuación relatamos respunteados con referencias

que contribuyen a situar con mayor precisión el episodio.

Algunas veces se ha expresado en artículos aparecidos en diarios o revistas que nuestro escritor era uruguayo de nacimiento. En un trabajo publicado en “La Nación” del domingo 15 de enero de 1967, titulado “Testimonios para una biografía de Benito Lynch”, Estanislao de Urreza, que mantuvo larga amistad con el novelista de “El inglés de los huesos”, refuta con pruebas documentales, que habría que levantar con otras similares, aquella suposición. Vaya, pues, el lector interesado, tal como nosotros lo hicimos en su momento, a las fuentes mencionadas por el profesor de Urreza. Y, entre tanto, refiramos la primera anécdota, que guarda relación, precisamente, con el hecho del nacimiento de Lynch.

La prestigiosa profesora platense Lola Juliáñez Islas, fallecida hace pocos años, que conoció y trató a Benito Lynch des-

* El gran escritor, figura cumbre de nuestra literatura narrativa, nació en Buenos Aires el 25 de julio de 1880 y vivió en La Plata desde 1892 hasta el día de su muerte: 23 de diciembre de 1951. En La Plata, hacia 1903 se inició como periodista, colaborando bajo distintos seudónimos: E. Thynón o bien E. Thinón Lebic, hasta que publica su primera novela, “Plata dorada”, en 1909. Para conocer la bibliografía del escritor consúltese el completo trabajo de Marshall R. Nason y Horacio Jorge Becco, publicado por el Fondo Nacional de las Artes, “Bibliografía Argentina de Artes y Letras”, N° 8, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1960. En 1938 la Universidad Nacional de La Plata concedió a Benito Lynch el título de doctor *honoris causa*.

Anecdótico

de la adolescencia (el escritor era poco mayor que ella), nos refirió personalmente que jamás mencionó Benito que hubiera nacido en el Uruguay, sino que, por el contrario, en ocasiones alardeaba de su condición de porteño. Así, en cierta oportunidad en que Lynch, en tono de amable broma, la llamara "pajuerana", aludiendo a su nacimiento en Chivilcoy, ella le espetó:

—Bien, yo soy pajuerana, ¿y vos qué sos?

—¡Yo soy porteño, che! —le respondió alegremente su joven amigo, a la sazón cronista social de "El Día".

Recordemos, de paso, que en la producción de Lynch no se encuentran personajes de nacionalidad uruguaya, salvo esa maestra de "Los caranchos de la Florida" a cuya escuelita don Panchito llega de improviso cierta calurosa tarde de verano ("Yo, le diré, no soy argentina... soy orientala, ¿sabe?").

* *

Con motivo de las fiestas de fin de año de 1954 visitábamos en su casa de la calle 8 a don Dalmiro Otero Rossi —fallecido poco después a las edad de 81 años—, ejemplo de caballerosidad y hombría de bien, cuando la conversación, entretenidísima y enseñadora por lo que toca a don Dalmiro, vino a recaer en Benito Lynch, a quien conoció desde muchacho y con el que hizo muy buenas migas por comunes aficiones camperas. Más de una anécdota nos transmitió nuestro interlocutor, de las que transcribimos la que sigue, que dice de la corajuda decisión y presencia de ánimo de Lynch.

Ya se sabe que éste tuvo en sus mocedades afición por diversos deportes, entre ellos el boxeo, como alguna vez lo ha recordado el profesor Eduardo V. Szelagowski ("El Día", La Plata, 14 de noviembre de 1968). Pues bien, cierto día de comienzos de la primavera de

1919, pasada la medianoche, después de dejar el Jockey Club, del que eran habituales contertulios, se alejaron caminando por la calle 7 los señores Luciano Salessi, Felipe Traynor y Dalmiro Otero Rossi, quienes se disponían a acompañar a Lynch hasta su casona de la diagonal 77, casi esquina 43.

Al cruzar la plaza Italia los enfrentó inesperadamente un hombre de edad media, evidentemente ebrio, quien se dirigió en tono descomedido a los amigos. Otero Rossi le pidió de buenas maneras que siguiera su camino y no los molestara. Esta actitud pacífica envalentonó al pendenciero, quien profiriendo un insulto extrajo de su cintura un cuchillo, avanzando sobre el grupo al par que invitaba a pelear. Todo ocurrió en una fracción de minutos: sin inmutarse, Lynch aplicó al beodo un terrible y preciso "cross" al mentón que lo hizo desplomar instantáneamente. Con la misma serenidad recogió Lynch el arma y la arrojó lejos, entre un macizo de plantas, y ayudó a levantarse al provocador, quien, repentinamente lúcido, se alejó restregándose la mandíbula y sin decir "esta boca es mía"...

* *

En febrero de 1954 hicimos un viaje a Tierra del Fuego en el buque "Le Maire". A bordo conocimos —era un turista, como nosotros— a don Miguel Angel Fulle, por entonces secretario de "La Nación", de Buenos Aires. Don Miguel Angel había vivido muchos años en La Plata, donde fuera por largo tiempo corresponsal de ese diario. Tal condición y el hecho de haber conocido a Benito Lynch, de muchacho, en el viejo Colegio Nacional, hizo que se le diera la misión, a principios de 1922, de entrevistarlo para pedirle un cuento con destino al Suplemento dominical.

Llegó Fulle a casa de Lynch y dándose a conocer le fue franqueada la entrada. Se paró en la puerta del escri-

torio: el novelista, abstraído por completo, observaba atentamente las evoluciones de un insecto del orden de los coleópteros, un escarabajo vulgarmente llamado "torito", muy común en nuestra campaña, al que mantenía en una caja de madera con piso de tierra... "Así era Lynch de minucioso en el conocimiento de la vida y costumbres de los animales que menciona en sus cuentos y novelas" —acotó don Miguel Angel Fulle. Y es así, agregamos, bastaría recordar la admirable pintura de "psicología" animal que es la vida de las vizcachas en "El casao casa quiere", o el diálogo entre caballos —humanizados, podría decirse— de "La gloria del malacara", por no citar sino dos ejemplos entre tantos.

* *

Esta anécdota final nos la contó Justo

P. Sáenz (h.), el notable escritor de temas criollos fallecido el 28 de mayo de 1970. Fue en 1967, en su campo "La Protección", en el partido de General Guido, próximo a la estancia "La Quínua", que Lynch cita en alguno de sus relatos pues frecuentó la zona entre 1898 y 1908 **.

En los últimos tiempos "La Quínua" —que fue de los Luro— era del señor Olegario Ferrando, productor cinematográfico. Tres veces intentó Ferrando ver a Lynch para adquirirle los derechos de "Los caranchos de la Florida", que deseaba llevar a la pantalla, y otras tantas se negó éste a atenderlo. Insistió Ferrando; al fin el escritor lo recibió con gesto hosco y cuando aquél, en el transcurso de la conversación, le dijo que era el propietario de "La Quínua", Lynch cambió como por encanto. Le

** Entre esas fechas, todos los veranos Benito Lynch concurrió a la estancia "Barrancas Coloradas", situada en el partido de General Guido (provincia de Buenos Aires), propiedad del doctor Néstor French —que fuera presidente de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires—, tío de Carlos Alberto French, de la misma edad de Benito y compañero suyo en el viejo Colegio Nacional de La Plata. Por esas fechas visitaba a menudo la estancia "Santa Catalina" —vecina de "Barrancas Coloradas"—, situada a menos de una legua del pueblo de Guido, acompañado por sus amigos Carlos Alberto French y Mariano J. Artayeta, pues éste era sobrino de su propietario, don Fermín Echarry. Nuestro informante, don Amaro Armando Artayeta (hermano menor de Mariano) —fallecido el 28 de julio de 1970, de casi 80 años— nos dijo que a raíz de una desilusión sentimental (la quiebra de su incipiente noviazgo con Justa French, hermana de su gran amigo Carlos Alberto), Benito Lynch dejó de concurrir en 1908 a General Guido y desde el siguiente año fue durante las vacaciones a la estancia "La Clarita", a tres leguas al Este de Tornquist (provincia de Buenos Aires), cerca de los márgenes del arroyo Napostá, arrendada primero y luego comprada (1910) por su compañero Mariano J. Artayeta. Allí, según don Amaro A. Artayeta, dio Lynch los últimos retoques a su novela "Plata dorada", que aparecería ese año de 1909; recordaba que leía trozos a su amigo Mariano y sobre la acción corregía los originales. Don Amaro —de excelente memoria— nos contó varias anécdotas de Benito Lynch (su no escasa habilidad para enlazar potrillos, hijos de yeguas que en la estancia se amansaban para "atar" a los arados; sus diarias salidas a caballo, pues le gustaba hacer personalmente las tareas de un mensual de campo: recorrer los potreros, "echar" la tropilla, recoger las ovejas al atardecer, intervenir en el aparte y arreo de hacienda, etc.) que ponen de manifiesto su vocación por las tareas rurales, en las que ejercitaba quehaceres que luego describía objetivamente en sus relatos. Mariano J. Artayeta falleció en 1912 y Lynch dejó entonces de ir a "La Clarita", estancia que desde 1915, bajo nuevos dueños, pasó a llamarse "Santa Lucía", hoy en estado de completo abandono. Nos hemos preocupado en documentar gráficamente las mencionadas estancias, comenzando por "El Deseado" (a una legua de Urdampilleta, provincia de Buenos Aires), que visitamos en enero de 1955, donde Lynch vivió entre los 4 y los 12 años —y en la que queda actualmente una sola habitación de la casa original, siendo nuevo lo demás del edificio— y más recientemente de "Barrancas Coloradas", "Santa Catalina" y "La Clarita", cuyas fotografías inéditas fueron reproducidas por el diario "El Día", de La Plata, en su edición de 2 de marzo de 1972, ilustrando un artículo titulado *Los campos porteños que inspiraron a Benito Lynch*.

Anecdótico

hizo varias preguntas para cerciorarse de si esto era cierto y cuando finalmente se convenció de ello le cedió sin más la autorización para realizar el film, cuyo estreno se hizo el 2 de noviembre de 1938. ¡Si habría galopado Lynch por esa inmensa llanura, como que “La Quí-
nua”, entonces de 27.600 hectáreas (an-

tes de dividirse en 1928), era estancia que lindaba en parte con “Barrancas Coloradas”, de los French, donde año tras año, durante una década, pasó las vacaciones! ¡Y cuántos emocionados recuerdos conservaría el ahora famoso escritor para que la referencia lo “ablandase” de tal modo!